

Leer con cautela

Lo que no es noticia

DESDE que se inventó el periodismo —y probablemente desde mucho antes: desde siempre—, las «noticias» suelen referirse sobre todo a hechos más o menos insólitos. Una vez, al guien, para ejemplificar el asunto, lo expuso en estos o parecidos términos: «Descarrilla un solo tren, y se convierte en noticia; millares y millares de trenes llegan a su destino en perfectas condiciones, y no lo son». No es necesario que se trate de un acontecimiento catastrófico, por supuesto. De ordinario, si: el descarrilamiento, una huelga, un avión que cae, cualquier episodio de guerra, un acto de terrorismo, tal o cual descalabro económico, y cosas parecidas. Pero también lo demás: crisis ministeriales, descubrimientos científicos, bodas o divorcios de cantantes o millonarios, homilias papales, inauguración de obras públicas... Y hasta, en ocasiones, el tema puede ser alegre. Lo habitual, insisto, tiende a caracterizarse por unos tintes más bien lúgubres o inquietantes. Y cuanto más gorda es la desgracia, igualmente lo son los titulares con que se anuncia y el espacio que se le dedica.

Por supuesto, un periódico suele contener bastante material que no es «noticia» estricta: reportajes, entrevistas, comentarios, chistes, crucigramas. Sospecho que eso —y las incrustaciones publicitarias— ayuda notablemente a soportar lo otro. Hay lectores hambrientos de «noticias» y de «noticias», a ser posible, siniestras: un tipo especial de prensa se dedica a ellos, con amplias informaciones de crímenes, accidentes, timos, bancarrotas, escándalos y si la hemorragia anda de por medio en cantidades excitantes, tanto mejor. Como hay otros, que aparentemente constituyen su reverso, y se apasionan por las bodas de príncipes, las fiestas de sociedad —alta sociedad, se entiende—, los amores de personajes conocidos: tienen igualmente sus papeles propios, «de corazón». Las fórmulas corrientes y tolerables se basan en un equilibrio sagaz, que abarque, si no todas, muchas curiosidades a un tiempo: la política y el «fait divers», la bolsa y los deportes, las ideas y el desastre sanguiolento. Sea como fuere, el denominador común sigue siendo lo «insólito».

La verdad es que el problema admite otro enfoque: el de lo que «no es noticia» a nivel de los periódicos, pero que lo es en los trámites de una conversación, de una tertulia, de un chismorreo. Antes de salir la primera «gaceta» impresa, que colocaba a sus clientes en un plano de intereses generales, las

«noticias» tuvieron que ser, mayoritariamente, comadros de vecindario. Y ese comadreo no ha dejado de serlo, todavía hoy. En los pueblos —y yo vivo en un pueblo— continúa vigente, de viva voz, y corre, y vuela que es un gusto. En las grandes aglomeraciones urbanas, donde la gente vive más distanciada y fríamente, el fenómeno adquiere otras modalidades, pero conserva su fluencia: entre las familias, en las oficinas, en los partidos, en el mundo de los negocios o de los marginados. Generalmente, se ciñe a anécdotas impúdicas desde todos los puntos de vista: los matrimoniales y extramatrimoniales, chanchulleros de escalafón o de empresa, odios intrínsecos por sólo Dios sabe qué motivos. Si alguno de sus protagonistas es individuo notorio y el embrollo pasa o puede pasar por el juzgado, la prensa —o cierta prensa— lo secuestra para su sensacionalismo. Pero, fundamentalmente, la cosa se queda en la murmuración entre parientes, entre colegas, entre correligionarios, sin alcanzar siquiera unas pocas líneas de gaceta en un diario.

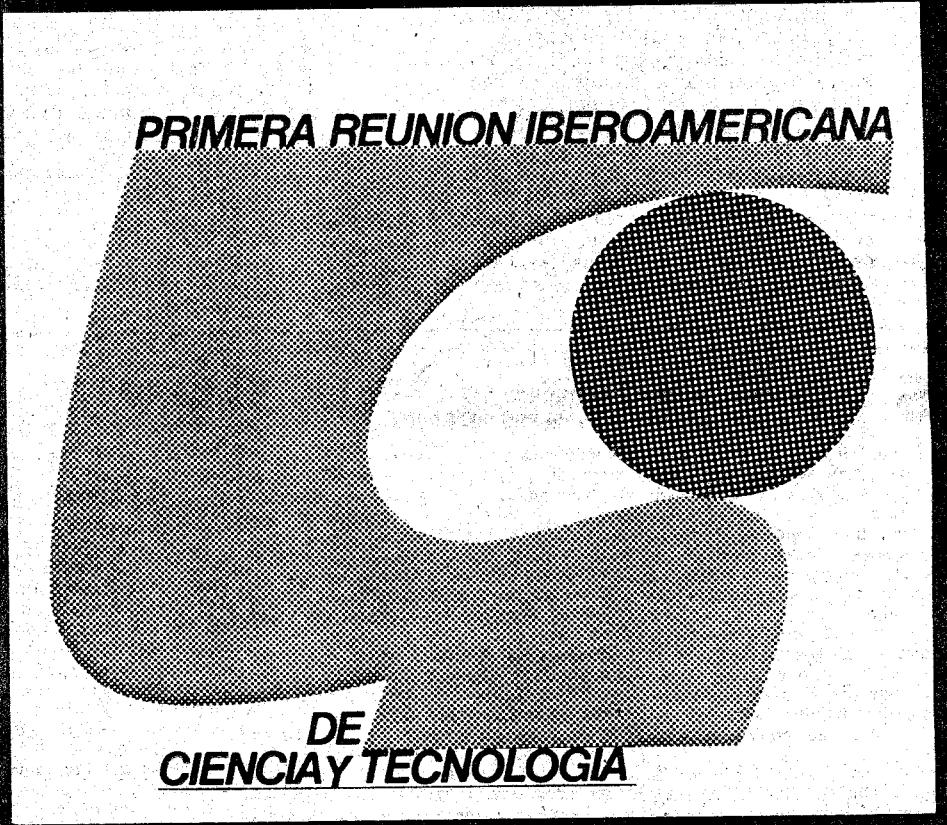
No recuerdo qué escritor francés insigne, que, para desentumecerse la imaginación, hizo su temporada de cronista de los tribunales, definió la mediocridad de los debates forenses: «C'est du Balzac quotidien». O sea: una novela. Quien se mantenga admirando a Balzac —y aquí el nombre de Balzac es un emblema—, entenderá enseguida la alusión. En las áreas de «economía de mercado», incluso las rurales, todo sigue siendo Balzac: las familias, la política, el amor. Cada casa es un nido —o un nido— de víboras. Y cada Consejo de Administración. Y cada covachuela oficial. Y cada partido político, de derechas o de izquierdas. Y las alcobas alquiladas para el contrabando sexual, y las relaciones intelectuales, y las sacrosantas instituciones académicas, y todo. La vida diaria es una población de novelas, que nadie escribirá, por falta de tiempo o de genio, o por falta de sentido de la realidad. Hoy, en literatura, el «realismo» —sin descartar el «socialista»— está mal visto. Los narradores prefieren los malabarismos verbales, la frondosidad «experimentalista», la fantasía por la fantasía. Las angustias de la señora Bovary, las truculencias de los Karamazov, las regocijantes bobadas de Mr. Pickwick, pongo por caso, ya no son de esta época. De acuerdo. Anna Karenina o Fabrizio del Dongo son inconcebibles, ahora. Pero ¿y sus biznietos?

Esa «noticia» que no lograba ser «noticia de periódico», en el siglo pasado, y hasta antayer, se convertía en «novela». Me

sería relativamente fácil relacionar los vocablos «noticia» y «novela» acudiendo a razones etimológicas. Dejémoslo estar. Lo «insólito cotidiano», que paradójicamente parece una simple paradoja, es la sustancia de la novela, y la novela, por ser eso, viene a ser lo contrario de la «noticia». No sé si me explico bien. Cojan ustedes un volumen de Proust —nunca está de sobra leer o releer a Proust— y verán cómo este fulano es capaz de bordar literariamente, psicológicamente, a ratos sociológicamente, unas colosales vulgaridades aristocráticas. «A la recherche du temps perdu» no es más que una inacabable chafardería —como dicen en el horrendo castellano de Barcelona— que, en sí, ya no interesa a nadie. Como, salvando lo salvable, tampoco nos interesan las inverosímiles crispaciones de Rasoknikov. Lo de «Crimen y castigo» todavía podría pasar como «noticia»: un cuarto de columna, y basta. Lo de Proust, ni siquiera eso. No pasa de ser una comidilla tonta de salón. Y otro tanto podría decirse de los papeles de Thomas Mann, o de Joyce, o de Musil. Se erigen sobre una «chafardería» pueblerina. Como los de Balzac. Todo eso continúa siendo «cotidiano».

He procurado, calculadamente, dar un rodeo para concluir que las «noticias», grandes o pequeñas, tenebrosas o joviales, y más tenebrosas que joviales, sólo son relativamente «insólitas». La erupción de un volcán, un terremoto, un alzamiento militar, una crápula gloriosa, una sequía mortal, pueden estallar en cualquier sitio en el momento menos pensado. Pero... En las zonas «consumistas» donde florece el terrorismo, un final de semana en las carreteras produce más víctimas que todo un año de atentados. Los tristes difuntos de la circulación rodada, desde luego, son noticia: pero cada día menos, porque son más. Dejaré de lado el espinoso tema del terrorismo. Me atengo a los muertos semanales en automóvil. ¿A qué se debe nuestra colectiva «insensibilidad» ante estas pequeñas y rutinarias hecatombes? Cada vez son menos «noticia». Como son menos «noticia» los cancerosos, los que se mueren de viejos o los hambrientos del Tercer Mundo. No son «insólitos». Son vidas humanas sacrificadas por la enfermedad, por los coches, por esos espantosos despertares del colonialismo en los que el Corán se presenta como un programa socialista... Hay que leer las «noticias» con cautela. Y pensar en las noticias que no alcanzan a serlo. Ni novelas.

Joan FUSTER



CENTRO IBEROAMERICANO DE COOPERACION

Madrid, 29, 30 y 31 de Enero de 1979

La calle y su mundo

El dinero frío

Atracan y huyen en un frigorífico. (De los periódicos.)

Lo corriente es que los atracadores salgan céleres del banco asaltado y escapen en vulgares automóviles, previamente robados, casi siempre con el argumento de las armas de fuego. Por obvias razones, nadie que se precie, tiene la ocurrencia de atracar una casa de banca y largarse en el coche propio: lo atraparían en un santiamén. Los vehículos empleados en estas operaciones aparecen posados a carón de las aceras de calles más o menos céntricas y, en ocasiones, olvidados en estacionamientos subterráneos. Estos bandoleros, aprovisionados del oportuno billeteaje, se escurren hacia sus autos y sólo raramente a furgonetas y plataformas. Algunos se hurtan, rápidos en motos y hasta en bicicletas, y se dan extraños casos de pistoleros transeúntes, que se pierden entre el gentío de las avenidas. Estos solitarios, casi siempre con aire de maestros nacionales, no suelen ser detenidos por la policía y sus delitos quedan impunes.

Resulta que en Puentetocinos, pueblo murciano que debe ser abundante en guarros, cinco individuos asaltaron el depósito de una conocida fábrica de helados y se llevaron un millón de pesetas. Los jóvenes empuñaban sendas pistolas «Parabellum», marca tristemente famosa, y tras disparar unas balas —que la noticia califica de foguero—, tendidos en el suelo los almaceneros, se apropiaron del dinero y huyeron, como está mandado. Lo chocante es que no les esperaba, con el motor encendido, un coche robado, y en

esa tesitura tomaron las de Villadiego en un camión frigorífico. Parece que el vehículo pertenece a una afamada empresa heladera, la cual, a mayores, elabora sabrosos yogurs y otras golosinas lácteas. Como uno ignora en qué latitud murciana se ubica Puentetocinos, no puede dar detalles de sus carreteras y menos de la localidad y su vecindario.

Los bandoleros de antaño, incluidos los llamados generosos, huían, tras perpetrar sus fechorías, a la jineta y se les tenía por hábiles caballistas y domadores de potros. Tengo para mí que tras una breve etapa de tracción a sangre, se pasó de la galopada animal al empleo de los carruajes a motor, si bien tuvo su apogeo el bandidaje trenero y aéreo. Este tipo de personal, a falta de otra cosa, se escamotea como puede y le dejan, pero sin duda no se ha dado el caso de una escapada en frigorífico. Tocante al dinero cavilo que si lo guardaron en una nevera de urgencia, se quedará gélido, pero servirá para verificar cualquier género de pagos; lo peor puede ser si alguno de los cinco puntos se coló en las cámaras y se congela. Sea como sea y pase lo que pase, si los bandidos antiguos huían a uña de caballo, de los sujetos de Puentetocinos cabe comentar que lo hicieron a uña de frigorífico. La metáfora no es demasiado poética, si bien se mira, pero este comentarista sólo trata de incorporar a la retórica, los camiones que transportan a bajas temperaturas polos para niños, vasitos, cortes y otras creaciones de la heladería internacional. Huir a uña de frigorífico no es nada fácil. — ERO.

En nuestro nuevo Centro de Ventas de Hospitalet...

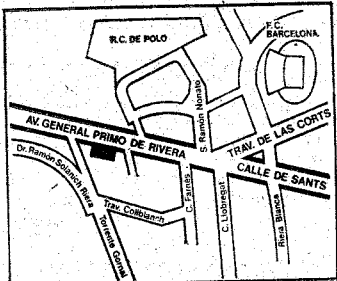
Oferta especial de Vajillas y Cristalerías

Vajillas, Cristalerías, Cuberterías, Material de Cocina, Maquinaria, Orfebrería, Porcelana, Decoración.

Todo lo que Ud. necesita para el Hotel o el Hogar a un precio increíble que difícilmente volverá a encontrar.

Ud. se sorprenderá cuando vea la extraordinaria calidad de las piezas que ponemos a su alcance.

No son restos de serie, sino auténticas colecciones de gran valor que ahora LIQUIDAMOS A PRECIOS DE COSTE.



GRIFESCODA

Avda. General Primo de Rivera, 149
L'HOSPITALET DE LLOBREGAT

P Parking en el interior del Almacén.

Ultimos días!
SOLO DEL 10 AL 31 DE ENERO
Todos los días incluidos sábados.
No cerramos al mediodía.